

# AL 31 DE AGOSTO



Rápido el sol ardiente de verano  
Se hundió en las aguas de los anchos mares  
Ya su disco, su fuego soberano  
Desvanécese triste, los hogares  
Sus luces refulgentes  
Que brillaron lucientes  
En la esfera celeste todo el día  
Un postrero ¡adiós! dicen á porfia  
A la ciudad que mira entristecida  
Tan honda despedida.  
¡Oh pobre pueblo!, triste está llorando,  
Vé los mustios reflejos  
Del astro que á lo lejos  
Hacia el ocaso libre va marchando  
Sin que nadie detenga  
Su paso fugitivo,  
Mientras ¡oh dolor! tu claridad venga,  
¿Cuánta sangre el suelo habrá enjugado?  
¿Por qué ¡oh sol! acelerado te ocultas,  
Y el vuelo al remontar, tu blanca llama  
Del pueblo que te aclama  
Escondes entre sombras silenciosas?  
Mas ya que tu camino  
Sigues intrépido en el ancho cielo,  
Sea la noche inerte  
Testigo de asolación, ruina y muerte.  
Aquella noche lóbrega y oscura  
Tendió su negro manto,  
Ahoga el ruiseñor su dulce canto;  
Pueblan el cielo densos nubarrones

Y solo el agua en turbios pelotones  
Amenaza caer en cataratas  
Al empuje del viento  
Que con rudo y ligero movimiento  
De uno y otro paraje se desliza  
Abrasado cual pasa en el estío.  
Sordo crujido cual si de caverna  
Lejana apareciese  
Forma el aire al mover las agitadas  
Hojas, que el pueblo si no descubriese  
El principio de rápida galerna  
Pusiera el eco confusión eterna.  
No es una noche, no, en que suavemente  
La tierra reposa en completa calma,  
De aquellas que la brisa  
Saliendo de las flores indecisa  
Satura de perfumes el ambiente.  
¿Dónde están las montañas elevadas  
Cubiertas de verdor hasta la cumbre  
Que del arrebol á la roja lumbre  
Aparecían llenas de pastores,  
Cantando á los difusos resplandores  
De la luz tibia que en el mar se hundía?  
¿Dó las blancas casitas erigidas  
En el hermoso monte  
Que cuando el horizonte  
Reviste al extinguirse suave el día  
Su lindo manto de rubí y turquesa  
Destacaban fantásticas y, hermosas  
Como aéreas mansiones vaporosas?  
¿A dónde fué la luna soñadora  
Que envuelta en blanca gasa  
Entre flotantes nubes encarnadas  
Cuando la luz del sol brillaba escasa  
Descubría su faz encantadora?  
¿Dó aquella que en las horas de la noche  
En el cielo de luces coronado,  
En que allí de los ya tranquilos mares

El rumor sosegado  
Con la marina brisa tarde llega  
Cubriendo su disco tupido velo  
Pura brillaba en el callado cielo?  
En vez de la luz blanca y plateada  
Que en rauda catarata descendía,  
Del astro que cual probo centinela  
Desde el espacio vela  
Mientras el pueblo inerme  
En el silencio reposado duerme,  
En tan terrible noche, sombras solas  
Vagaban entre oscuros nubarrones  
Formando más de mil apariciones  
Al horrendo rugido de las olas  
Que empujadas del viento  
Se estrellaban con ímpetu violento.  
Y aquel bello azulado firmamento  
Que resplandores áureos reflejaba  
La blanquecina luna que bañaba  
Con vidriosa luz todos los techos,  
De las lípidas aguas el murmullo  
Los trinos de los pájaros canoros  
De las aves su arrullo  
Y del zagal los cánticos sonoros,  
Preséntase difuso  
Y solo hay sombras, muertes, son confuso.  
En medio de una ráfaga violenta  
De ruda tempestad presagio cierto,  
Un súbito disparo resonando  
Con viva llama al par que la tormenta  
Rasgó de la noche el oscuro manto,  
Y el eco temeroso repetía  
El estampido bárbaro y horrible,  
Que vivo retumbaba  
Y de monte en monte el clamor se oía  
Y la paz arrebatada  
A la fresca campiña que dormía  
En el dulce sosiego de la noche

Besada por las flores  
Y al arrullo de ríos bullidores.  
Con ciego desenfreno sedicioso  
La impía soldadesca  
Al golpe del cañón impetuoso  
Piedra por piedra sigue derribando.  
Salta la muralla pedazos hecha  
Y el pueblo á cada brecha  
Que el férreo proyectil en el muro hace  
En doloroso llanto se deshace,  
Gime, llora y se arredra  
Y al choque de la bala cada piedra  
Un ¡ay! horrendo exhala tan crujiente  
Que espanta la terrible sacudida  
Al ser de la muralla desprendida.  
Entró la soldadesca despiadada  
Con el nombre de aliada,  
Y loca y fugitiva  
De un instinto feroz la turba presa  
De la ciudad las calles atraviesa.  
¡Rasga de la noche la sombra oscura  
El vivo resplandor del cañonazo,  
La llama del relámpago deslumbra  
Ensordece la ronca voz del trueno  
En el lejano mar débil vislumbra  
Ya la vacilante luz del navío  
Que entre el continuado vocerío  
Al chocar las olas contra las rocas  
Por el áureo elemento suave pasa  
Mientras al pueblo hondo dolor traspassa!  
Y allá la clara luna en los espacios  
Que en rápida carrera  
Aléjase entre nubes la primera;  
Allí la ténue luz de las estrellas  
Se refleja confusa y vacilante.  
No llega el resplandor puro y brillante  
De las noches románticas y bellas  
De terso y lindo cielo

En que del mar las olas resplandecen  
Y unas á otras se empujan suavemente  
Y en la orilla pacíficas perecen.  
Mas ya contemplad ¡ay! las calles todas  
Son un campo terrible de batalla  
Y rueda la cureña y la metralla  
Fuego horrendo su boca disparando.  
Corre de uno á otro lado la canalla  
Todo á su paso incierto derribando  
Y mueren abrazados como hermanos  
Niños, mujeres, jóvenes y ancianos.  
¡Horrible confusión! ¡Horrible espanto!  
Escapan aterradas las mujeres;  
Quizá una, destrenzados los cabellos,  
Herido el corazón por los dolores,  
Pálidos y mustios sus ojos bellos  
Y las manos en las hinchadas sienes  
A Dios misericordia débil clama.  
Y otra, despavorida,  
Llevando en su regazo al tierno niño,  
De todas partes huye dolorida  
Y muere por puñal insano herida.  
El cañón con el trueno  
Retumba en el espacio pavoroso,  
Las ténues luces débiles temiendo  
Alumbrar tal matanza,  
Movidas por el aire se oscurecen,  
Cuando al grito tremendo  
De guerra y de venganza  
Casas, murallas y árboles perecen.  
El pueblo en vengadora ira se enciende  
Y el mismo comprendiendo no comprende....  
Tras la noche terrible una mañana  
Apareció risueña y deliciosa,  
Los primeros fulgores de la aurora  
Salieron por Oriente,  
Y nube vaporosa  
Rodó en el firmamento suavemente.

¡Oh! aquella luz primera tan rosada  
Que en unión de las fuentes espumantes  
De la vega encantada  
Y de los pajarillos trinadores  
Dieron claridad, vida y armonía,  
¡Cuan triste en este día  
Solo alumbran tristezas, duelos, muertes...  
De la tierra en que inertes  
Yacen viejos y jóvenes unidos  
Todos en triste montón ¡ah! confundidos.  
¿Porqué de la campana de la iglesia  
No llega á nuestro oído  
Aquel primer tañido  
Que el eco venturoso conducía  
Y en toda la comarca repetía?  
La delicada brisa del estío  
Que al despuntar el alba  
Y aparecer las luces matutinas  
Llegaba de los campos plañideros  
Trayendo los primeros  
Perfumes de las flores olorosas  
¡Oh! al soplar en el claro firmamento  
Arrastra como el viento  
De las murallas negras y ruinosas  
El leve polvo que entre grietas yace  
Y esparcido en el aire se deshace.  
¡Mártires!descansad; vuestra tumba  
Es cúmulo de gloria,  
Y cuando el trueno asolador retumba  
En los lejanos valles apartados,  
Y cuando el son las lúgubres campanas  
Repiten en las lóbregas mañanas,  
Grabada en la memoria  
Está del pueblo toda vuestra historia  
Y seremos nosotros  
Eternos vengadores de vosotros.

MANUEL MUNOA.

